

ARQUEOLOGIA URBANA EN BUENOS AIRES: UN PROGRAMA DE RECUPERACION DEL

PATRIMONIO HISTORICO-ARQUEOLOGICO

Daniel Schávelzon

En 1985 se inició en el Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas de la Universidad de Buenos Aires, un programa de investigaciones en arqueología urbana. Este tenía como propuesta comenzar el estudio interdisciplinario de lo que pudiese haber quedado bajo el suelo de la ciudad, de la ocupación histórica de Buenos Aires. Es decir, se trataba de trabajar para verificar la hipótesis de que, pese a la gran transformación edilicia que había sufrido la ciudad, aún quedaban restos materiales de sus 400 años de historia. Con anterioridad sólo se habían practicado algunas excavaciones casuales, como las de brosetti bajo la Casa Rosada en 1901, o las de Carlos Rusconi en 1936 en la calle Hipólito Irigoyen. También se habían producido hallazgos casuales en trabajos de colocación de cañerías de agua, electricidad o gas. Y pese a que esos pocos trabajos pioneros habían probado la existencia de restos, indígenas inclusive, en especial en las zonas centro y sur, no se llegaron a establecer proyectos sistemáticos de exploración.

En base a estos antecedentes y frente a la problemática impuesta por la acelerada destrucción del suelo urbano causada por las edificaciones modernas y las obras de infraestructura urbana, fue que se comprendió la urgencia de emprender esta actividad, urgencia mayor que la de la arqueología en otros contextos rurales, donde los cambios y deterioros son mucho más lentos. Estábamos frente a una verdadera arqueología de rescate, más que ante la posibilidad de establecer proyectos a largo plazo. Salvo las plazas y parques, todo el resto de la ciudad está construido, y en su mayoría en manos privadas, lo que reduce las posibilidades de explorar extensas superficies o durante temporadas muy largas. De allí que se estableció como lugar para una primera experiencia los grandes jardines de Palermo, donde se excavó en el primer año una antigua usina eléctrica, las orillas de los lagos, un polvorín español, el Caserón de Rosas y varios basurales. Fue este material, más la colección reunida a partir de recolecciones hechas en baldíos y demoliciones de San Telmo, lo que permitió tener un primer panorama de la riqueza que aún había bajo el suelo porteño, y armar las primeras tipologías de cerámicas, lozas, porcelanas, gres y materiales de construcción; más tarde se emprendieron las clasificaciones y fechamientos de objetos de vidrio y hierro.

2#

La segunda tarea fue llevar a cabo excavaciones sistemáticas, las que se hicieron en Parque Lezama, Defensa 751 y Perú 680, donde se pudo controlar mejor

la presencia de tipos y variedades por contextos estratigráficos. Pese a los problemas que presentan estos contextos, ya que en su mayoría son rellenos o están muy transformados por las obras de construcción, se ha logrado recuperar material desde el siglo XVI y un buen muestreo de cerámicas y objetos indígenas, lo que ha permitido mejorar las tipologías cerámicas para las fechas más antiguas. Quiero hacer notar que en Buenos Aires, la presencia de artefactos puramente indígenas o de carácter mestizo, es sistemática hasta fines del siglo XVIII, y se los llega a encontrar incluso en el primer tercio del siglo XIX.

La ciudad de Buenos Aires, como todos imaginamos, tuvo una topografía mucho más abrupta de la que hoy presenta. Si bien es plana en rasgos generales, había en el siglo XVI grandes desniveles, que alcanzaban los 15 metros en las cotas más altas. Las más bajas estaban determinadas por los Terceros, arroyos que cortaban la ciudad y definían sus límites físicos al norte y sur; las barrancas al río son por todos bien conocidas. Esta topografía se transformó rápidamente por la ocupación colonial primero, y la del siglo XIX más tarde, con lo cual fueron rellenados grandes sectores del área urbana con basura y escombros, a veces de hasta 4 metros de altura o más. Esos enormes rellenos, sellados por los edificios construidos encima, tienen un valor arqueológico excepcional para las futuras generaciones de especialistas: millones de artefactos esperan bajo tierra su recuperación y análisis. Es más: hasta la llegada de los sistemas de cimentación de hormigón armado modernos, la arquitectura no había destruido los contextos anteriores. Desde el siglo XVI hasta el XIX los constructores simplemente demolían una vivienda hasta el nivel del piso para construir encima una nueva, sin provocar mayores transformaciones del subsuelo que aquellas debidas a la colocación de los nuevos cimientos. De allí que es común, al excavar bajo el piso de una vivienda del siglo pasado, encontrar los cimientos y pisos de otras anteriores, por lo habitual de los siglos XVII y XVIII. Gracias a esta secuencia de superposiciones, se han encontrado algunos contextos sellados de esos siglos.

Otro factor que ha permitido encontrar artefactos culturales originales en sus contextos, ha sido la gran cantidad de obras subterráneas que se han hecho en la ciudad: pozos ciegos, túneles, sótanos, aljibes, cisternas, bodegas y pasadizos, entre otras más complejas aún. Más allá del valor patrimonial mismo que algunas de estas construcciones tienen (y que sólo pueden ser recuperadas mediante la acción conjunta de la arqueología y la historia de la arquitectura), sus rellenos de época alcanzaron en el caso de un túnel, la cantidad de 215 metros cúbicos con más de 50.000 objetos, de los cuales sólo pudieron seleccionarse y estudiarse 10.000 de ellos. En este momento estamos excavando una cisterna que contiene 96 metros cúbicos de objetos enterrados hacia 1925/30; si bien a muchos podrá parecer que esto es muy reciente, puede representar un conjunto de conocimientos de incalculable valor para la arqueología urbana de las próximas generaciones. En ese sentido podemos imaginar lo que el relleno del puerto y el bajo significa como posibilidad científica: un contexto intacto de la antigua Alameda, de 2000 metros cúbicos, del siglo XVII y XVIII, y cerca de

15 millones de metros cúbicos fechados entre 1885 y 1900. Y no incluyo aquí los rellenos de costanera, aeroparque, ciudad universitaria y otros, todos ya de nuestro siglo. En San Telmo, al excavar en Perú 680, bajo la Imprenta Coni, la estratigrafía del siglo XIX fue de 3,00 metros de profundidad. A pocos metros se encontró a una profundidad un poco mayor, una secuencia de casi 4 metros que abarcaba los siglos XVIII y XIX. Las posibilidades de trabajo en la ciudad son, por lo visto, importantes.

Entre los trabajos recientes quisiera destacar la excavación que, bajo la guía de Ana María Lorandi, se llevó a cabo en Parque Lezama. Este proyecto tenía como objetivo corroborar o cuestionar la hipótesis acerca de la fundación de la ciudad en ese sitio, en 1536, por Pedro de Mendoza. Si bien no es el único lugar posible que entró en la discusión de los historiadores, es el que ha sido oficialmente determinado e institucionalizado en la historia nacional. La excavación puso en evidencia una absoluta ausencia de materiales del siglo XVI, habiendo aparecido únicamente objetos a partir del siglo XVII, y ésto en forma casi mínima; no se recobraron materiales indígenas de ningún tipo. Esto marca una gran diferencia con las excavaciones realizadas en la parte central de San Telmo que permitieron ubicar objetos de ese tipo en cantidades relativamente grandes. La arqueología está logrando no sólo reintegrar al patrimonio ciudadano un número de construcciones históricas, túneles y materiales culturales, sino que también puede, a la fecha, ayudar a construir una historia sin mitos ni verdades no demostradas.